

## NI HUMANISMO NI TERROR Reflexiones contra la violencia\*

-1-

Como habrá observado el culto lector -y si no lo ha advertido se lo digo yo ahora-, el título y el subtítulo que quedan arriba contienen una cierta y ambigua glosa de conocidos títulos de obras pasadas: *Humanismo y terror*, de Maurice Merleau-Ponty, y el no menos conocido *Reflexiones sobre la violencia*, del confuso pensador Georges Sorel, un hombre que podía ser sucesivamente, pero casi a la vez, admirador de Benito Mussolini y de Vladimiro Ilich Lenin. En realidad se trata de una forma de entrar en un tema tan complejo que no sabe uno por dónde cogerlo, y por algún sitio habrá que empezar, pero tampoco es una forma cualquiera de atacar este tema concreto, que ahora, después de no pocas vacilaciones y «bajo el imperio de la ley»..., antiterrorista, me decido a tratar en un periódico de Madrid, si es que ese periódico decide acogerlos en sus páginas, en las que, de ser así, no pasaré de ser un raro huésped.

Este tema es ni más ni menos el de la violencia en Euskadi: el tema de la guerra que estamos viviendo, pues esto es verdaderamente una guerra, y, claro está, el de las posibilidades que se abren a la perspectiva de que esta guerra, con sus medios propiamente bélicos, se termine un día para dar paso a unos términos de lucha social armada con otra cosa que armas de fuego y explosivos, con la violencia (porque es utópico pensar en una lucha sin violencia y, más aún, en la posibilidad de cambios sociales -y no digamos de cambios revolucionarios- sin lucha, por gracioso otorgamiento de los enemigos de clase pero sin otras armas que las de los movimientos decididos de las masas trabajadoras: con esa violencia de masas que encuentra sus defensores en el movimiento comunista desde sus orígenes.

No porque lo digan los clásicos del marxismo, sino porque nos lo muestra la experiencia común, la violencia forma una parte esencial del entramado de la vida, del entramado de la paz ante la que los humanistas ponen los ojos en blanco. No es necesario leer nada al respecto, porque basta con mirar seriamente la realidad; pero si alguien necesita de estos apoyos libresco puede leer, por ejemplo, *Théorie de la violence*, de Engels, Union Générale d'Éditions, Col. 10-18, París, 1972, donde uno encuentra cosas tan consabidas como las que dice Gilbert Mury en la introducción a dicho libro. Así como ésta: «La vie de tous les jours est faite de violence cachée». Pero también que: «Quand la contrainte silencieuse et masquée ne suffit plus, la classe dominante dispose de la force publique», Frente a este dispositivo esencial de las democracias burguesas, ¿qué hacer? ¿Recostarse en la confianza de que las cosas pueden ser cambiadas por las vías pacíficas -que son aquellas en las que las clases dominantes ejercen su solapada dictadura, su enmascarada violencia- del sistema parlamentario? Sobre esto, las cosas se pueden decir de muchas maneras, pero, una vez más, resulta que uno ya se encuentra escrito y publicado lo que piensa, y entonces, ¿para qué hacer un esfuerzo suplementario? Recuerdo algo que va muy bien en este momento: es el antiKautsky, de Trotsky, o sea, su obra *Terrorismo y comunismo*, de cuya edición francesa cito a continuación: «Le fétichisme de la majorité parlementaire n'implique pas seulement le reniement brutal de la dictature du prolétariat, mais aussi celui du marxisme et de la révolution en général, S'il faut subordonner en principe la politique socialiste au rite parlementaire des majorités et des minorités, il ne reste plus de place, dans les démocraties formelles, pour la lutte révolutionnaire».

naire», Naturalmente, la dictadura del proletariado era terrorismo para la derecha y para los socialdemócratas (ahora lo es también para los eurocomunistas). En realidad, todo asomo de poder por parte de la izquierda es vivido por la derecha como insufrible y vituperable terrorismo (así recuerdo haber leído en un periódico de la derecha chilena, durante la Unidad Popular, que Chile vivía «bajo el terror rojo»; afortunadamente, la paz y el orden volvieron con Pinochet, y por cierto con el apoyo de la democracia norteamericana -tan celosa de los derechos humanos- y de la democracia cristiana chilena). También es cierto que comunmente se reserva ahora el término terrorismo para las actividades políticas armadas, de derecha o de izquierda. Sobre este tipo de luchas, la tradición del movimiento comunista ha sido clara: sí a la lucha armada cuando tiene el carácter de insurrección popular, y no a lo que se ha llamado siempre el terrorismo individual, aunque este término no siempre ha sido bien definido. Para que lo fuera, su definición tendría que responder nítidamente a estas preguntas: ¿es terrorismo individual la acción armada realizada por un individuo (o por un pequeño y destacado grupo, a la manera de la RAF alemana)? ¿O ha de entenderse por terrorismo individual la acción armada que se ejerce sobre un individuo (ejemplo, el atentado al almirante Carrero Blanco), aunque esa acción esté respaldada y asumida por un amplio sector popular (es el caso de ETA)?

¿Es posible tratar de estos temas sin que tengamos que liarnos a bofetadas inmediatas? ¿Se nos permite emplear un método, digamos, científico en nuestro análisis? ¿Existe la posibilidad de que suspendamos por un momento nuestras bajas -y, lo que es peor, nuestras altas- pasiones? Se trata simplemente de intentar establecer lo más objetivamente que sea posible el mundo de los hechos; es decir, de rechazar, aunque sólo sea por un momento, todo talante manipulador.

El que esto escribe tiene, es cierto, horror a la sangre, pero mucha mayor es mi aversión al pus, sinceramente. Si se plantea, como él hace, por ejemplo, el caso de los GRAPO, lo decente es tratar de establecer la realidad de los hechos; no empezar por falsear esa realidad, es decir, por «inventar el enemigo, ensuciando, embarrando, el mundo de la objetividad a los efectos de que «todo esté permitido» contra ese enemigo. ¿Cómo puede contribuir un intelectual digno, por ejemplo, a que se superponga al hecho humano de un guerrillero vietnamita la imagen fabricada de un «enano rojo» sobre el cual sea posible y hasta necesario disparar para defender las más sagradas libertades puestas en peligro por la existencia y la lucha de esos «enanos»? «Extraños grapos», «agentes de la CIA o del K GB», son imágenes repugnantes para la conciencia de cualquier persona honesta porque son una mentira y atentan «contra los derechos humanos más elementales», de los que los satisfechos demócratas en sus confortables despachos dicen ser ardientes defensores. Es preciso, pues, para no ser merecedores de ser arrojados al cubo de la basura, empezar por establecer los hechos de un modo correcto, y una vez hecho así tomar la posición que uno considere justa, aunque mucho habría que objetar a la justicia de unos juicios que excluyen la posibilidad social de opinar de otro modo: por ejemplo, sobre los GRAPO sólo es posible opinar públicamente llamándoles asesinos.

A este respecto he de decir que acabo de leer un texto verdaderamente vergonzoso y del que su autor algún día, si no acaba definitivamente degradado en un mundo de pasiones y de intereses, se sentirá él mismo, sin que nadie le diga nada, avergonzado: es el de la ponencia que Juan Tomás de Salas leyó recientemente en una conferencia europea «sobre terrorismo». ¿Cómo un intelectual puede proponer el cultivo de la mentira para oponerse a una realidad, cualquiera que ésta sea? Degradar a toda costa o incluso borrar la Imagen del enemigo es un método

altamente indeseable, creo yo, en la medida en que no renunciemos de manera definitiva a ser personas decentes. Por el mero hecho de que no nos parezcan «extra50s», ya graves amenazas se ciernen sobre nosotros, lo cual me parece que no está bien, aunque usted, señor De Salas, se quede tan tranquilo y duerma en paz -en su paz-, y no pueda ni imaginar que es usted un agente del terrorismo ejercido por el poder sobre la libertad de los otros. Cada vez, ciertamente, es preciso tener más valor para atreverse a expresar los resultados de las investigaciones sobre la realidad, o sencillamente a publicar las mentiras oficiales como tales mentiras. En nuestro querido periódico Egin yo hice recientemente un intento -«Por la libertad de expresión, contra seis mentiras oficiales» (26 de septiembre de 1980)- de carácter meramente científico, y ya el director del diario ha sido citado por un juez de San Sebastián, y yo lo seré de un momento a otro. No creo que usted, señor De Salas, tenga el menor interés en leerlo, pero sí le diré que es un artículo esencialmente antiterrorista. Sobre las maneras terroríficas con que somos tratados quienes opinamos críticamente contra la reforma suarista, algo traté de explicar a la misma policía en una «Carta abierta a la policía española en Euskadi» (EGIN, 29 de octubre de 1980).

Seguiremos estas reflexiones contra la violencia en un próximo artículo.

-2-

Dejábamos planteadas en el anterior artículo unas preguntas acerca de la definición del terrorismo y concretamente de lo que se conoce -sin saber bien qué es lo que se conoce- por «terrorismo individual». Sea como sea, algo es muy claro aunque no lo parezca: que lo que se llama terrorismo en nuestros días no es ni más ni menos que una forma particular de la guerra, y que no es preciso ni justo adoptar ante este fenómeno aires distintos a los que se adoptan cuando de otro tipo de guerras se trata, si bien pueden encontrarse y establecerse muchas diferencias formales entre lo que es una guerra convencional y lo que es una guerrilla urbana o rural, etc.

En cualquiera de los casos, sin embargo, se trata de matar al enemigo -así como suena: de matar al enemigo- para debilitar sus fuerzas y caminar hacia la victoria, y de esto se ocupan los ejércitos cristianos igual que los musulmanes, los marxistas u otros. Imagino que la filosofía de los militares «humanistas» y «cristianos» se basará en algo parecido a la que Soren Kierkegaard llamaba «suspensión teleológica de la moral»: es decir, que se mata -suspendiendo temporalmente las garantías que parece otorgar el quinto mandamiento de la ley de Dios- en función de una causa superior. Esto es justamente la que piensa también el guerrero no convencional: el guerrillero, el cual no suele hacer gestos de hipócrita sorpresa o de escándalo cuando la matan. El hecho de que la maten no le parece un «acto terrorista»; le parecen actos terroristas la tortura o el bombardeo de poblaciones civiles, por ejemplo, prácticas muy habituales en la defensa de las libertades democráticas, y no digamos cuando de la defensa del fascismo desnudo se trata: en este sentido pueden mezclarse, sin que se produzca mayor confusión, Gernika, Hiroshima, Vietnam o las humanistas promesas que encierra la bomba de neutrones, por ejemplo.

Es, pues, cuanto menos curioso que en una sociedad carnicera como lo es todavía -¿y hasta cuándo lo será?- la sociedad humana, se estremezca, de esa manera, la sensibilidad de ciertas gentes que parecen ajenas a este carácter violento y carnicero de la vida en que viven, hasta el punto de responder a la gota de sangre -gota en comparación con los océanos de la misma o las escabequinas de napalm que forma parte de nuestra existencia- que brota de un pinchazo que nos hacen en un dedo, como si de un derramamiento insólito de sangre se tratara: como si la

sangre fuera un fenómeno inusitado, insólito, cuando tanto forma parte de lo que se usa, de 10

que se suele, en este mundo de guerras en el que la paz sólo es una máscara de la opresión en la mayor parte de los lugares de este mundo. A este desvelamiento -o a esta revelación, si se quiere decir así- hemos de proceder, creo yo, los de oficio intelectual; y si no lo hacemos, maldita sea mil veces nuestra existencia, digo yo. ¿Pues a tanta degradación ha podido caer el oficio intelectual que, en su mayor parte, se haya puesto al servicio del establecimiento definitivo -así se puede entender, por ejemplo, lo de la «consolidación» de la democracia suarista- de la injusticia en el mundo? De acuerdo en que sea considerado como imposible cambiar, en las actuales circunstancias, el mundo; pero de ello a contribuir a la consolidación de este mundo va un largo trecho que algunos pueblos, entre ellos el vasco, no parecen dispuestos a recorrer, al menos voluntariamente. Nos queda, por lo menos, estar en contra de esta consolidación. Torpedearla lo más y lo mejor posible parece la tarea propia de un humanismo bien entendido; por lo menos eso. Subrayo lo de «por lo menos, eso», para señalar que lo que se puede hacer es eso: situarse en una trinchera «testimonial» (los pragmáticos se sonríen ante esta expresión con su habitual cursilería suficiente; pero la historia está llena de «testimonios» que luego se convierten, y no por arte de magia, en historia). y cuando digo «por lo menos» quiero decir que también se pueden hacer otras cosas que las puramente «testimoniales»: por ejemplo, organizarse para las grandes luchas que se avecinan (como siempre; no es cosa de ahora) en el mundo; cuya historia no ha terminado, sin embargo, por mucho que así nos quieran hacer creer quienes están interesados en que, definitivamente, nada cambie: para ellos todo lo que tenía que cambiar ha cambiado ya -¡adiós a las ilusiones revolucionarias!, ¡pero cómo!, ¿todavía hay gentes tan camp que sueñan con la revolución?, ¡la revolución, el tango y otras nostalgias!-, si es que algo ha cambiado alguna vez. De modo insidioso se ha difundido así la consigna de obedecer, ya sea con las formas propias de la obediencia -la derecha desnuda- o con las de la rebelión «obedecer con las formas de la rebelión», Adorno)

¿Quedamos, pues, en que la guerra (en su forma convencional o en otras, guerrilla, «terrorismo», etcétera) comporta, cuando son seres morales quienes la practican, una cierta «suspensión teleológica» de la moral? ¿O cuál es si no la filosofía del guerrero cristiano, cuál es la filosofía de los ministerios cristianos de la guerra, o, si se quiere, de la defensa nacional? Evidentemente es la que reside en el postulado de que la guerra es justa en determinadas circunstancias. También esta suspensión teleológica de la moral se da en la aplicación de la pena de muerte, cuya restauración es ahora reclamada, según leo, por líderes cristianos como don Manuel Fraga Iribarne, que algo sabe de eso, tanto en el orden formal (ejecución de Julián Grimau)<sup>1</sup> como en el ejercicio callejero -«la calle es mía»- del «monopolio de la violencia»: alguna sangre ha sido de esta manera derramada como respuesta a manifestaciones pacíficas, producidas por causas indudablemente justas desde los postulados del más sencillo humanismo.

Es duro que el establecimiento de los hechos, independientemente de las posiciones que luego se adopten ante ellos, sea todavía una tarea no sólo peligrosa, sino prácticamente imposible; es duro que una tarea así se convierta cada vez más en un trabajo solitario y hasta maldito. Parece como si en España, con algunas dignas excepciones, se hubiera aceptado la necesidad de una «suspensión» de la justicia como necesidad, a favor del orden público, que se habría erigido en el valor supremo «prefiero la injusticia al desorden» es una cita ilustre y humanista, de modo que es posible mantenerse en esa posición sin avergonzarse demasiado). Se trataría, pues, sencillamente, de decir las cosas como son, de ir «a las cosas mismas» (por citar el famoso y siempre recordable postulado de Husserl) y de plantear la guerra dialéctica. en esos términos y no en los del disimulo y la mentira.

¿Tan podridos estamos para que esto no sea posible ahora? ¿Y no es algo detestable que la derecha, experta en esas mistificaciones, se encuentre ahora arropada y guardaespaldada por la izquierda intelectual? Pulsada la tecla «terrorismo», oigamos las respuestas programadas en los laboratorios de la derecha, pero pronunciadas por cualquier escritor o periodista de la intelligentsia española, o vasca, como en el caso de un triste documento que 33 intelectuales y artistas vascos publicaron no hace mucho: un documento impregnado de mentira, pues sus signatarios, que dicen estar contra la violencia, «venga de donde venga», nunca dejan oír su voz contra la violencia fascista: ante esa sagrada violencia guardan un respetuoso silencio. Y no digo nada contra el hecho de que ellos estén contra la violencia revolucionaria -ésta es una posición aceptable-, sino contra la mentira, contra la simulación: «Contra toda violencia, venga de donde venga». Señores 33: cuando escriban una contra la tortura, contra las detenciones arbitrarias y otros mil males que sufre el pueblo vasco, yo aceptaré de muy buen grado que ustedes rechacen las acciones de ETA; mientras tanto, no. Mientras tanto, no pasan ustedes de ser unos tristes farsantes en la comparsa del ministro Rosón. Por ejemplo: digan ustedes algo sobre el vergonzoso episodio de Hendaia y la frontera de Irún. ¿No clama al cielo una cosa así? Para ustedes, por lo que parece, sólo clama al cielo la violencia que procede del otro campo; eso no está bien; eso no está ni medio bien. Es politiquería de la peor especie. Es lo contrario del humanismo que pretenden predicar.

El problema de la violencia en Euskalherria es algo que hay que considerar, en la medida de lo posible, con la cabeza fría y con la mayor prudencia de que seamos capaces. Si ahora he tomado la pluma, después de muy largo silencio en Madrid, es precisamente porque estoy muy seriamente dolorido por esta tragedia y porque el hecho de vivir en este país me procura unos datos quizá inasequibles para quien no vive en él o para quienes, viviendo en él, están intoxicados de politiquería y, en definitiva, aislados del medio en el que creen vivir: la población vasca, los vascos como pueblo; pues hay quienes, teniendo catorce apellidos vascos, todavía no han caído en la cuenta ni siquiera de que son vascos, mientras que otros --como yo, que soy un semita salmantino-murciano- he tenido bastante con tres años de vivir aquí para caer en la cuenta de algunas cosas.

Y la verdad es que este problema, todo este dolor, no se resuelve more franquista: llamando asesinos a los comandos de ETA o hablando de conjuras o contubernios. Es preciso tener el valor de ir a las raíces del problema, por mucho que la UCD y los poderes fácticos hagan todo lo posible por ignorarlas. Y en el fondo del problema no hoy una lucha de asesinos por un lado (ETA) y sádicos por otro (la policía española en sus diversas especies). Con sus métodos, señor De Salas, es seguro que no se va a llegar a ninguna parte, si no es la perpetuación de esta tragedia. Hay que buscar por otro lado. Tenga en cuenta lo que voy a decirle: para resolver este problema hay que empezar por esa cosa tan rara que es pensar. ¡Pensar!

-3-

Desde luego que el traer a colación en estos artículos el nombre de Maurice Merleau-Ponty y el título de una de sus obras (Humanismo y terror), no ha sido a título meramente decorativo. Lo hemos hecho porque puede ayudarnos a pensar, proyecto que hemos enunciado al final del anterior artículo, y ello aunque su autor escribiera esta obra en muy otro contexto: el de la discusión ! en torno a los llamados procesos de Moscú. A propósito de aquellos problemas dijo Merleau-Ponty cosas que merece la pena recordar en cuanto que desvelaron mucho de lo que él

llamó en aquel libro la mistificación liberal. No contra fascistas de viejo o nuevo cuño, sino contra posiciones liberales o neoliberales van mis ánimos cuando escribo ahora, pues esa filosofía liberal -bajo las formas (mejor o peor encarnadas en siglas) centristas, democristianas, socialdemócratas, socialistas y eurocomunistas- es la que hay en la base de, para mí, aberraciones como la recientemente promulgada ley antiterrorista (que es una ley de inseguridad ciudadana, por mucho que se haya formulado de otra manera: también en esto entra la mistificación, pues, como muy bien ha escrito Fernando Savater en estas páginas, estamos ante una ley de seguridad del Estado).

Pues bien, es el contenido de esta filosofía liberal el que habría que desentrañar, y no por mero prurito filosófico, sino porque la filosofía es una cosa muy importante en los procesos sociales -nada menos que como «la lucha de clases en el plano de la teoría» la definió nuestro querido y admirado Louis Althusser-, y es en este plano donde se celebran batallas muy importantes que no es posible desdeñar y menos por parte de los que nos reclamamos, por modestamente que lo hagamos, del campo del pensamiento. A este respecto, nos recuerda muy bien Merleau-Ponty que las «ideas liberales» forman parte de un sistema de violencia: «forman sistema» con la violencia, dice literalmente. Estas ideas conformarían, según Marx (sigo citando a nuestro autor francés), un «pundonor espiritualista», un «complemento solemne» o una «razón general de consolación y justificación» de los sistemas liberales, que así presentan su cara humanista contra el terror (revolucionario). Asunto, pues, de ideas; pero verdaderamente la cuestión sería y profunda es muy otra: «La cuestión -dice Merleau-Ponty- no es solamente saber qué piensan los liberales, sino qué hace en realidad el Estado liberal dentro de sus fronteras y fuera de ellas». Y, en verdad, es cierto que: «Un régimen nominalmente liberal puede ser realmente opresivo». De manera que: «Un régimen que asume su violencia podría encerrar un humanismo mayor». En nuestra reflexión no se trata precisamente de un régimen internacionalmente opuesto a otros allí se trataba de la URSS frente a los regímenes bienpensantes occidentales, todos ellos llenos de la sangre de sus colonias y de las de sus propias clases obreras, como queda claro en el discurso de Merleau-Ponty). Porque, como él dice en otro pasaje de su libro: «¿Qué podemos contestar cuando un indochino o un árabe nos hace observar que ha visto nuestras armas, pero no nuestro humanismo?». Atacado por los liberales en función de principios humanistas, Merleau-Ponty no puede por menos de preguntarse, recibiendo en su rostro los golpes del humanismo: «¿Es culpa nuestra si el humanismo occidental está falseado al ser también una máquina de guerra?».

¿Para qué seguir? No se trata ahora de resucitar una polémica producida en otro contexto, sino simplemente de recordar que, con aquel motivo, Merleau-Ponty hizo una profunda reflexión perfectamente válida hasta hoy, pues lo que él vino a decir es que el pretendido enfrentamiento entre humanismo (occidental, liberal, democrático) y terror (rojo) revelaba, en el análisis científico, graves elementos de terror en el primero de los términos y quizá fuertes asomos de humanismo en el segundo. Suficiente para que, en tiempos como éstos, fuera sometido a un proceso por apología del terrorismo.

Desde entonces, las trampas del humanismo han sido teóricamente desmontadas más de una vez, y hemos reflexionado, con Althusser y otros maestros, sobre el antihumanismo teórico de Marx. ¡Antihumanismo! ¡Qué palabra tan fea! Pero hemos aprendido bien a pronunciarla, como otras, después de un duro aprendizaje: llamar a las cosas por su nombre y tratar de asumirlas, para aceptarlas o rechazarlas, en sus verdaderas esencias. De manera que hoy el humanismo es una instancia sospechosa en cuanto que oculta, en las democracias burguesas, un fuerte armamento y una real y aún más potencial violencia. El humanismo occidental alberga unas entrañas de terror verdaderamente impresentables en

sociedad; y es una instancia también sospechosa en cuanto que invita al desarme ideológico de quienes tratan de oponerse al sistema capitalista. Falsas filosofías contra la violencia -como la muy confortable que se expresa famosamente en la postura de «estar contra toda violencia, venga dedonde venga»- se cubren bajo la capa de este humanismo fabricado en las oficinas del sistema intrínsecamente violento que es el sistemacapitalista. O mejor que de violencia podría hablarse de la brutalidad de este sistema, que, como dijo alguien, «rezuma sangre por todos sus poros». Sangre y pus, si se me permite esta un poco repugnante expresión.

Dicho esto, no puedo dejar de añadir mi profundo horror ante lo horrible de la guerra. En las páginas de los periódicos aparecen, una y otra vez, fotos de cuerpos muertos en esta guerra, ensangrentados en el suelo de un bar o en cualquier encrucijada de un camino. Ello -descontando las acciones mercenarias, cuyos ejecutores son asesinos a sueldo pagados desde el vientre de la derecha, desde sus inconfesables entrañas- nos tiene que poner a reflexionar seriamente, a tratar de respondernos a "la pregunta: ¿Pero qué pasa, qué está pasando aquí? y la respuesta no puede ser la mentira técnica postulada por el señor De Salas u otras semejantes (y no digamos las patochadas a lo Ramón Tamames, según el cual el problema es generado por un "cerebro diabólico», a la manera del doctor Mabusse o del doctor Infierno, protagonista de algunos tebeos que, seguramente, son la lectura de Tamames, pues si no no se comprende), sino la investigación seria y valerosa de lo que sucede, como único método. y lo que sucede es que en Euskalherria hay un amplio movimiento popular, patriótico (abertzale) y socialista, que rechaza muy decididamente la reforma suarista, la cual se ve como una trampa inmovilista en el sentido, ya consabido, de reformar un poco (y hasta con tacañería: lo menos posible) para que no cambie relativamente (y hasta absolutamente) nada. y lo que sucede es que la guerra aquí, desde los años sesenta particularmente, ha comportado terribles sufrimientos a este pueblo y que no es posible que ahora se acepte, como si nada, la burla de una mera descentralización administrativa (y aun ésta muy mezquina) que haga tabla rasa de las diferencias, metiendo en un mismo saco todas las nacionalidades y regiones; indeterminando «pa los restos», como diría un castizo, la calidad de las diferencias: diferencias que no pueden ser entendidas con una óptica de cliché: la de los privilegios u otras banales argumentaciones destinadas a ocultar los verdaderos términos del problema, de manera demagógica, para enfrentar a los vascos con los demás pueblos, ellos también oprimidos, pero de diferentes formas, dada la diferencia de las distintas situaciones históricas y culturales. ¿Alguien será capaz de emprender este camino, que conduce, como decíamos, a las cosas mismas?

Esta tendría que ser una tarea propia de los intelectuales españoles de hoy, en lugar de, como hacen, guardar silencio o, si hablan, hacerlo en calidad de caja de resonancia de las ideologías de la derecha. Es muy grave, creo yo, esta responsabilidad que asumen reproduciendo, como si tal cosa, el peor y más interesado periodismo; y la verdad es que no es preciso acudir a la existencia de un «fondo de reptiles» y al disfrute de sus fondos para explicar esta degradación intelectual que permite que la tecla «terrorismo» produzca tan idénticos mensajes en cabezas, en principio, tan variadas como las que se dedican a pensar -¿sí?- en el panorama intelectual español, cuyo corrimiento a la derecha es un fenómeno fácilmente verificable: ¡Qué gracioso es Giménez Caballero! ¡Qué talento tiene Fernando Sánchez Dragó! Etcétera.

Por ejemplo, es muy curioso advertir que el chauvinismo -lo que Lenin llamó, muy bien, «chauvinismo de gran potencia»- se encarne, a la hora de enfrentarse con determinados problemas, en gentes cuya condición crítica tendría que estar por encima de toda sospecha, y que, en definitiva, con relación a algunos temas, la

diferencia sea mínima entre el pensamiento de Piñar o Fraga Iribarne y el de tantos intelectuales de la izquierda. Así es, sin duda, en cuanto al problema vasco se refiere. ¡Por favor, hagan ustedes un esfuerzo! ¡Pensar, sobre la base de los datos que la realidad nos presenta, desnudados de la ideología que siempre los encubre, es una tarea bella! O feísima, no lo sé; pero, de un modo o de otro, parece ser que se trata de nuestro oficio. Un oficio desde el que se ama la paz; pero desde el que también se ve, si no se anda por los alrededores del «fondo de reptiles», que la única paz concebible para la derecha pasa por que adoptemos como nuestros sus puntos de vista. Pero entre nuestros puntos de vista no puede ser rechazado, por ejemplo, uno tan elemental como el de que todos y cada uno de los pueblos de este mundo, y de cualquier otro posible, tienen derecho a autogobernarse. Y en este caso está muy claro, para cualquiera que tenga dos dedos de frente, que es preciso negociar con ETA 2 ¡Antes de que, como siempre, sea demasiado tarde! ¡y ya está siendo demasiado tarde!

### **NI HUMANISMO NI TERROR (EPÍLOGO) Entre el bostezo y la esperanza**

-4-

A finales del año pasado publiqué en el diario *El País* una serie de tres artículos bajo el título «Ni humanismo ni terror». O mejor dicho: aquel diario publicó los tres artículos que yo envié a su director, a quien, por cierto, no conozco. Se publicaron a continuación una serie de réplicas, y ello me movió a escribir un largo artículo a manera de epílogo, el cual dividí en dos partes para facilitar su publicación en el diario. Envié este texto en enero, ya este envió siguió un largo silencio. Ahora, hace unos días, lo he recibido con una tarjeta del director de aquel diario y, por cierto, sin siquiera una cortés palabra. He pensado que su contenido puede ser de algún interés; de manera que me ha parecido conveniente pasárselo a los amigos de EGIN, sin tocar ni una tilde de la escritura que hice para el famoso diario matritense.

Mis un tanto *arrebataadas* -¿y por qué no?- «Reflexiones contra la violencia» publicadas por El País en un gesto que me atrevo a calificar de seriamente democrático, aunque la impresión que ha podido suscitarse es la de que se me ha colocado ahí a modo de muñeco del pim pam pum para recibir pelotazos, ha suscitado algunas interesantes respuestas entre los lectores del periódico. Pero, a juzgar por el material polémico publicado bajo la firma de profesionales de la inteligencia, las posibilidades actuales de un debate de esos que se llaman fructíferos son más bien pocas. Varios de los artículos podrían servir de ilustración a esa «España del bostezo», de que con acierto se ha hablado últimamente. Pero uno trata de evitar el profundo bostezo a que parece invitado y se sitúa una vez más en el lado de la esperanza. Por eso escribo aún estos -dos- artículos.

El editorial de El País, a propósito de los anteriores, fue cosa de agradecer en la medida en que trataba, creo yo, de propiciar un debate, como ahora se dice, serio. Pero también me extraña que en un medio periodístico tan informado parezca ignorarse todavía la coincidencia ideológica entre ETA y una parte muy considerable de la población vasca; hecho que se oculta o enmascara cuando se dice de tal organización que «no tiene más representatividad que la que le otorgan sus armas y el apoyo parcial de sectores minoritarios» subrayados míos. Esta parece una lectura poco científica de los resultados electorales en Euskalherria o, al menos, queda dicho de tal manera -pues siendo cierto que Herrí Batasuna es minoritaria

con relación al PNV, también lo es que aquella coalición es la segunda fuerza social del País Vasco, lo que no es poco decir- que no ayuda a comprender lo que aquí pasa.

Comentamos aún un poco la frustrada polémica prescindiendo por ahora de la posibilidad de que ésta se caliente en las próximas semanas con alguna intervención insólita. Cuenta Jorge Luis Borges en su ensayito «Arte de injuriar», que en Ginebra oyó que de Miguel Servet se cuenta que, ante la inminencia de verse quemado en la hoguera calvinista, en un ambiente de terror religioso-civil que Stefan Zweig dejó muy bien descrito en su obra «Castellion contra Calvino», dijo algo como esto: «Arderé pero esto no es otra cosa que un hecho. Ya seguiremos discutiendo en la eternidad». Lo cual, materialísticamente enderezado, puede decirse así: «Ya se seguirá discutiendo en la Historia».

También he recordado este texto de Borges al advertir el estilo de alguno de mis contradictores, muy próximos a la mofa y al desprecio por mi modesta y casi siempre silenciosa figura. Lo digo porque es Borges quien dice haber leído en no sé qué obra de Thomas de Quincey -uno de mis más admirados escritores- que durante una discusión uno de los interlocutores arrojó el contenido de un vaso de vino al rostro de otro, el cual le respondió: «Esto, señor, es una digresión; espero su argumento». Dejando a un lado esas «digresiones», que además se han producido no tanto dentro de El País como en ámbitos periodísticos fuertemente reaccionarios, tengo el gusto de decir que mi amenazante bostezo no ha tenido como causa que se trate de artículos estólidos, pues son en general buenos, en la medida en que expresan con mucha corrección sus posiciones ideológicas, eso sí, consabidas. Ninguna razón dialéctica para avanzar. Todo a favor de regresar al punto cero de la escritura sobre la violencia. Estimo particularmente, por su claridad, la intervención de Elías Díaz: una correcta y precisa exposición del pensamiento socialdemócrata sobre este tema. En cuanto al artículo de José Ramón Recalde, creo que ya lo había leído anteriormente bajo la firma de treinta y tres notables escritores y artistas vascos. Peor intelectualmente me parece el de Francisco Ayala: apesta a estilo polémico decimonónico, al estilo que el mismo Borges -como se ve, golpeó a la derecha con la derecha: *similia similibus curantur*- describe a través de los trucos de que se vale, como el que él llama «la inversión incondicional de los términos». ¿Se trata, por ejemplo, de un libro de invención? Pues entonces no hay más que decir que «adormece o petrifica al lector), etc. ¿Se trata, en mi caso, de un artículo que se pretende estimulante? Pues se dice algo tan brillante como que incita a la «pereza mental», ¿Contiene el tal artículo algunas citas? La réplica es de lo más sencilla si no setiene vergüenza a caer en los más vulgares tópicos: basta con decir, como Ayala, «confuso batiburrillo de citas mal digeridas», y resuelto el problema. Truquillos vulgares, ay, de mala muerte.

Pero lo peor no son esos truquillos, que en todo caso son peores para él, sino la lectura en su artículo de ideas tan atroces como la de que los derechos humanos *benefician sobre todo a los facinerosos*. Y cosas así. Razones de más para el bostezo. Efectivamente, mal, muy mal momento éste de la «intelligentsia» española; y de una parte notable de la latinoamericana. Lo digo ahora por los recientes artículos de Octavio Paz en este mismo periódico, para quien, si no le he entendido mal, lo que todo el mundo llama terrorismo -y él también, pues su preocupación por el lenguaje parece detenerse en este umbral, de manera que no le importa adoptar la bazofia lingüística policial como cualquier persona ignorante e insensible- no comporta ni siquiera una crítica del sistema; es a lo más un signo o un síntoma de él. (Como Filosofía de la historia no está mal: el asalto a la Bastilla, por ejemplo, fue un curioso síntoma monárquico.)

Permítanme, antes de volver a mi silencio, que, desde el grado cero de esta reflexión, único al que hemos llegado, trate de decir unas cuantas ideas claras y distintas «al respective» -como diría un castizo en esa tierra mía-.

1.-Opino que no es posible entender los procesos sociales desde un humanismo navideño.

2.-El humanismo del tipo que acabo de denominar navideño, es un arma de la derecha. (Empleada con cierta gracia e ingenuidad a veces. En 1962, cierta aristócrata visitante en la Prisión de Mujeres de las Ventas de Madrid, se dirigió a las presas en estos términos: «Vosotras y yo, todas, somos iguales. La única diferencia es que yo tengo dinero y vosotras no, y que vosotras estáis en la cárcel y yo no". Perfectamente. Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.)

3.-Este humanismo de tipo navideño -que, efectivamente, presenta su rostro más repugnante y falsario durante la Navidad- recubre un sistema social extremadamente violento. Los EE.UU de Norteamérica son su modelo más notable y, a poco que se quiera profundizar en las cosas, evidente. Por cierto que allá sólo se habla de violencia racial cuando unos negros ejercen ocasionalmente la violencia. Cierto que es entonces cuando arden algunos almacenes o un policía cae muerto. ¿Es cierto o no que las «Navidades blancas» a lo Bing Crosby recubren fenómenos como la interrupción, por la fuerza de las armas

-los famosos marines-, de un proceso democrático como lo fue el de Santo Domingo o las siembras de napalm sobre los campos y las poblaciones civiles del Vietnam durante aquella más que espantable guerra, en la que los EE. UU consiguieron superar su propia marca de horror, establecida en Hiroshima? ¿Con qué cara puede hablar la democracia americana de derechos humanos?

4.- Proliferan hoy en la izquierda, humanistas incluso del tipo navideño, lo que señala una gran involución de lo que fue, por lo menos, un pensamiento burgués radical que se permitía el escándalo de apostar siempre por los condenados y excluidos de la vida social regular. ¿Hizo Schiller con su obra «Los bandidos» una obra contra los bandidos? ¿Desde cuándo los escritores se han manifestado contra toda-violencia-venga-de-donde-venga y sea cual sea su significación y contenido? La inteligencia de izquierda ha sido siempre una operación dilucidadora y se ha negado siempre a reproducir las sentencias del poder burgués a propósito del orden público. El carácter subversivo del arte y la literatura -incluso su carácter delincuente: Juan Goytisolo lo dijo muy bien hace algún tiempo en estas mismas páginas- venía siendo una nota propia del arte y la literatura que merecieran la pena de existir tanto en el orden estético como en el aspecto social, ideológico y político. Ya se tratara de la homosexualidad -Wilde-, de la droga -De Quincey o Baudelaire-, del crimen -una de las bellas artes-, o de cualquier otra disidencia o subversión -como el terrorismo de los nihilistas rusos o cualquier otra transgresión de la norma-, los escritores y los artistas siempre se han puesto, por lo menos, del lado de la comprensión radical de los hechos: o exploración de sus raíces más profundas. Hasta humanistas tan sensibles a todo dolor humano como Albert Camus, cuya filosofía comporta, digámoslo así, una negación -condena- de la Historia, pues ésta aparece como un padecimiento de los hombres, negación bifronte -anticapitalismo, anticomunismo- en un mundo simplemente inhabitable, en el que somos unos extraños, etcétera, escribió un drama sobre el terrorismo que los humanistas de hoy no son ni siquiera capaces de soñar como obra literaria, y que se vería muy amenazada en estos días por un eventual proceso por apología del terrorismo. El deslizamiento a la derecha de la vida intelectual durante los años setenta en Europa y América es, para mí, un hecho muy evidente. Lo que siempre se llamó el honor de los intelectuales, se ha refugiado durante estos años en muy

pocas firmas. La opresión ideológica del neocapitalismo se ha hecho sentir fuertemente. La distinción de Jean Genet entre violencia revolucionaria y brutalidad reaccionaria se consideró como una posición apenas tolerable. La mínima disidencia, como en el caso de Heinrich 8611, en cuanto a la doctrina oficial-policíaca- del «terrorismo», coloca a los escritores en muy difícil situación. Mientras tanto, se producen permanentemente lamentaciones y acusaciones desde el campo imperialista contra los países del socialismo real, como si allí fuera -y nada más que allí-, donde son violados los derechos humanos, entre ellos el de la libertad de expresión. Lo curioso no es que esto suceda, pues ésa es la función de las agencias del imperialismo, sino que esas campañas sean reproducidas, como si tal cosa, por muchos y muy notables escritores de la izquierda, que así mismo reproducen una y otra vez las opiniones político-policíacas y la terminología que esas opiniones conlleva, sobre el llamado terrorismo. Sobre este punto no son grandes las diferencias observables entre lo que pueda decir al respecto, por citar algún nombre, Gonzalo Fernández de la Mora, y Fernando Savater -ver el artículo de éste sobre «Nacionalismo y violencia en Euskadi».

5.-¿Propongo, pues, un antihumanismo? Evidentemente, en la medida en que las cartas del humanismo estén marcadas -y de qué manera- por la derecha. Es decir, en la medida en que, jugando al humanismo, no se pueda llegar a otra parte que a donde ahora estamos: lugar en el que, al parecer, se sienten confortablemente instalados no sólo los amos o señores de la sociedad, sino también quienes deberían sentirse altamente incómodos y no sólo por razones morales y sociales sino también por serias razones estéticas en esta sociedad del capitalismo de las multi o trasnacionales (o como demonios se denominen técnicamente)-.

### **NI HUMANISMO NI TERROR (EPÍLOGO) Entre el bostezo y la esperanza**

-5-

6.-El antihumanismo que se postula en estos artículos no es, claro, una invención contra los hombres, una suerte de visión satánica del mundo, sino que es una respuesta teórica cuyo carácter científico reside sobre todo en lo que tiene de asunción del mundo como (todavía) es: una realidad atroz y, sin embargo, no homogénea. El mundo se halla realmente dividido (Weiss), y es una confrontación de dos tragedias, de dos procesos encontrados y ambos difícilmente vivibles: capitalismo y socialismo (real), y zonas de confrontación en las que el sistema no está todavía configurado en un sentido o en otro. El carácter esencialmente violento, y ocasionalmente bélico, de esta confrontación, así como la configuración planetaria de los dos sistemas en pugna, denuncian como altamente ilusoria toda posición tendente a una (necesaria) transformación revolucionaria de! mundo, que no pase por la adscripción más o menos crítica a uno de estos dos violentos sistemas en violenta pugna. (Cuando digo transformación necesaria, no impongo esta necesidad desde un punto de vista ético-subjetivo: se trata de una necesidad objetiva de la especie humana, y en este sentido suscribo con mucho gusto las posiciones de Wolfgang Harich: el comunismo -y hasta un comunismo de carácter autoritario- es una necesidad de la especie humana).

7.-Desdichadamente las ilusiones intelectuales sobre la posible encarnación social de posiciones «terceras» (del tipo nueva izquierda: con todo lo bueno de la libertad burguesa y asimismo todo lo bueno de la justicia socialista: una idea, sin duda, preciosa) se muestran como tales ilusiones una y otra vez reducidas, en su

encarnación social, a cenáculos iluminados por el resplandor casi insufrible de una idea absoluta: ahistórica y por ello, ay, inoperante en esta historia, o, mejor dicho, asumidq siempre por unos o por otros de modo irremediable: el humanismo abstracto deviene, por ejemplo, anticomunismo de hecho cuando no se tiene en cuenta esta constitutiva división antagónica del mundo. Me parece mucho mejor ser directa y sinceramente anticomunista, y autorreconocerse como tal, que recostarse muellemente en el limbo de la buena conciencia, pues, en verdad, incluso las cosas más bellas de este mundo se hacen con las manos manchadas de sangre y, lo que es peor, como diría Sartre, de mierda). Todo esto es muy duro de aceptar pero para mí sería más difícilmente sufrible el verme convertido en guardia de corps del sistema democrático burgués, y peor aún caso de hacerlo, como muchos intelectuales de la izquierda lo hacen, bajo la máscara de la crítica y aún de la rebelión, y aún, si me apuráis, de la subversión contra todo mal venga de donde venga. Sin embargo, de una manera o de otra, con aberraciones de tal o cual índole, con hambre, con sangre y con terror, un proceso antagónico al capitalismo está en marcha, la revolución socialista, si bien hasta ahora no haya dado frutos tales que lo hagan indiscutible. Pero también es cierto que quienes hoy cantan las excelencias del sistema democrático burgués parecen haber olvidado que esos frutos que hoy cantan empezaron a ser sembrados en el siglo XVII y que el Terror fue un componente, bastante estremecedor por cierto, de la Revolución Francesa. Pues, efectivamente, el Estado Democrático burgués presenta huellas de sangre y otras violencias, y no sólo en sus orígenes.

8.-Esta revolución socialista, sin duda inconfortable y cargada, nadie puede negarlo, de aberraciones burocráticas (y otras), es el marco mundial, con más o menos contradicciones, de los movimientos (armados en su mayoría) de liberación nacional y social. Ponerse en principio junto a estos movimientos significa colocarse, desde luego, en un lugar difícil y muy problemático; pero ello permite también ver claro que la crítica al proceso soviético no se puede dejar en manos de disidentes como Solchenitsin o que es más que problemática la liberación que pueda esperarse, en Polonia, de un movimiento acaudillado por el señor Walesa (de meapilas y tragahostias lo calificaba el otro día un obrero amigo mío, bastante bruto él en sus maneras de expresarse); pues, por lo menos, creo que es posible decir ya, con Ernst Bloch, que es mejor el peor país socialista que el mejor de los países capitalistas.

9.-Una de las verdades más crudas (y que cocidas están peor) visibles desde este antihumanismo teórico, o humanismo revolucionario si se prefiere emplear una terminología mejorsonante, es la de que toda idea de evolución pacífica hacia el socialismo es utópica, de modo que hasta un modesto antihumanista teórico como yo comprendió en Chile, a los pocos meses del triunfo de la Unidad Popular, que el golpe de Pinochet (cuya existencia desconocía) iba a producirse. Contado de otro modo: yo, que no sabía casi nada de Chile, dadas mis convicciones antihumanísticas, pude prever lo que iba a pasar en aquel querido país, mientras que el compañero Salvador Allende, que lo sabía todo sobre Chile -¡todo!-, era un humanista, y ello le impedía darse cuenta de las amenazas reales que pesaban sobre aquel utópico proceso que se llamó vía chilena al socialismo. Triste pero cierto; y aquí se evidenciaba la importancia de la teoría en el enjuiciamiento de la práctica. ¡Y qué claro quedaba también que las almas buenas (como en el Sechuán de Bertolt Brecht) no pueden llegar muy lejos en este mundo, sobre todo si lo que se pretende es transformarlo! ¿ Y en qué ha de consistir nuestra maldad? Por lo menos en pensar cosas como ésta: que la democracia burguesa es una mentira, y que la derecha sólo respeta su legislación mientras es ella la que gana o está en buena posición para ganar las bazas del juego: que la derecha sólo muestra su rostro humanista -su

rostro humano- mientras no considera conveniente disparar contra las masas más inermes; y que detrás de ese rostro, incluso cuando todavía aparece como humano, se practica la más cruda violencia. y también que la violencia de la derecha en sus formas más notorias (tortura, represiones de calle, encarcelamientos. ...) no sólo se produce en situaciones especiales, como puede ser la actual en el País Vasco, donde hay una lucha armada, de mayor o menor alcance, contra la democracia suarista, sino también en cualquier otra situación, pues datos de esa violencia se dan, por ejemplo hoy, en Galicia, en Andalucía, en Castilla, en Cataluña... De manera que es una mentira la que pronuncian quienes tratan de explicar la violencia policíaca como determinada por el terrorismo. Habría de cesar la violencia revolucionaria en Euskadi y esto que acabo de decir se vería más claro por quienes todavía se niegan a verlo. Pues para la derecha toda acción clara y frontal de la izquierda es terrorismo, y entonces desencadena la represión en los más duros términos imaginables. Y aún también las acciones no tan claras ni tan frontales. Pero, eso sí, los medios de comunicación hablarán de violencia sólo cuando ésta sea ejercida, generalmente con sus pobres medios, por los oprimidos. Así, en USA se hablará de «violencia racial», como decíamos, sólo cuando un grupo de negros quema unos almacenes o mata a un poli blanco; y sin embargo la violencia racial es una situación permanente, en la que los negros, los hispanos y otras minorías son las víctimas.

10 .-El antihumanismo aquí enunciado nos lleva a situaciones tan apuradas -y que, sin embargo, nosotros asumimos, aunque sea a duras penas (literalmente: a duras penas)- como la de establecer distinciones entre las violencias según de donde vengan, con exclusión de barbaridades que en cualquier caso lo son, como la tortura de los detenidos, que descalifica como revolucionarios a quienes en cualquier circunstancia y de cualesquiera maneras la practiquen. Por lo demás, no podemos permitirnos ser, por ejemplo, pacifistas y abstractamente antimilitares (antimilitaristas sí que lo somos, también en cualquier caso, como cuando de la tortura se trata), y yo personalmente estoy muy contento de que el ejército cubano sea poderoso, así como lamento que el ejército norteamericano tenga la espantable fuerza que tiene. Para decirlo de otra manera y hablando de la delicada materia del terror (asunto que me fascina desde mis más juveniles años, hasta el punto de que mi primera obra de larga duración, concebida durante la resistencia francesa, cuando yo era casi un chaval, trataba precisamente el tema del terrorismo, a la par que Camus escribía la suya antes citada), yo he aprendido a rechazar el ensueño humanista desde el que queda borrada toda diferencia en los dominios de lo que se llama el terror, y para mí el terror blanco es un fenómeno altamente diferenciado de lo que se denomina tradicionalmente el terror rojo. Como la violencia de los oprimidos es perfectamente diferenciable de la ejercida por los opresores: de manera que se puede llegar a establecer hechos tan curiosos como el que yo he descrito en otra parte (vid, mi Crítica de la imaginación) refiriéndome a lo que llamo «metamorfosis de la pistola». Según esta teoría, una pistola sufre una extraña metamorfosis cuando pasa de una mano a otra si se trata de manos antagonistas. Por poner un ejemplo de hoy: un fusil de un soldado de la Junta de El Salvador se transforma en otra cosa cuando pasa a las manos de un guerrillero salvadoreño: lo que era, antes de su captura, un instrumento de opresión, se transforma en un instrumento de liberación, y creo que sólo desde un humanismo abstracto se puede negar esta metamorfosis. Humanismo en el que, por cierto, es muy cómodo recostarse; y así lo hace la inteligencia de izquierda desde hace unos años, después de haberse recostado durante los anteriores en una admiración beata a la revolución cubana ya la metralleta del Che Guevara. ¡Las cosas de la vida... intelectual!

y 11.-Leyendo los artículos de Octavio Paz publicados recientemente en este mismo periódico, y descartando el hecho (para evitar argumentos *ad hominem*) de que su

autor, que yo sepa, fue funcionario diplomático de un régimen de partido único, y ejemplo de corrupciones y opresión sobre un pueblo sometido a la más espeluznante miseria como es el mexicano, puede recibirse la imagen de que la historia funciona por décadas y de que a las ilusiones de los sesenta sucedió el terrorismo de los setenta: la subversión armada de ciertos grupos. La realidad es de otra forma, y de los años cuarenta recuerdo artículos franceses contra el terrorismo prácticamente idénticos a los que ahora se escriben contra el IRA provisional o sobre las acciones violentas de los palestinos. No será necesario recordar que los terroristas franceses e italianos y españoles y yugoslavos y otros durante aquellos años fueron saludados como héroes al acabar la segunda guerra mundial. Tampoco será necesario recordar, y esto menos aún porque lo ha recordado *El País* en su editorial a propósito de mis artículos de marras, que altos personajes políticos del Israel de hoy fueron cruentes practicantes del terrorismo. Sobre este tema, el señor O'Brien, en su artículo publicado también en este diario, parece haber olvidado que el proceso que desembocó primero en la autonomía y luego en la independencia de lo que hoyes la república de Irlanda no se produjo precisamente *sine effusione sanguine*. Etcétera. ¿Para qué seguir con estos recuerdos de lo obvio? ¿Para contribuir a la apertura de nuevos y más prolongados bostezos?

Lo probablemente cierto es que lo que ya era corriente en el Tercer Mundo (por ejemplo, la lucha de los terroristas argelinos contra los respetables apóstoles de la Argelia francesa, o la de los subversivos del 26 de julio en la Cuba de Batista, o la violencia tupamara o brasileña, y no digamos Vietnam o la guerrilla filipina o las subversiones anticolonialistas en el Africa negra etcétera), y sólo excepcional en Europa (partisanos contra nazis durante una verdadera guerra, aparte de la larga lucha «terrorista» en el Ulster, una crónica sangría cuyo final no es posible prever), o en USA (Panteras Negras), ha afectado en los últimos años con bastante virulencia a territorios antes no castigados por este problema, de modo que en países europeos desarrollados se producen fenómenos que muchos observadores consideran extrañadamente: ¿En la República Federal Alemana? ¿Pero es posible? ¿En Italia? ¿Pero por qué? ¿En Euskadi? *Antes de la muerte de Franco, todavía podía entenderse algo así. ¿Pero ahora, con la democracia?* (Por otra parte, el caso de Euskadi tampoco se encuentra entre los atribuibles al desencanto de las esperanzas revolucionarias de los años sesenta, pues durante ellos empezó la cosa, si bien es en los años setenta, en efecto, cuando se incrementa la actividad de ETA).

Sea como sea, el hecho evidente de la generalización y complejización de las luchas armadas etiquetadas como terrorismo por los gobiernos, los mass media y la intelligentsia de derecha y de izquierda, apunta a la necesidad, creo yo, de mirar radicalmente la sociedad en que vivimos: de mirarla no sólo sin complacencia alguna sino también sin contemplaciones de ninguna clase, como una sociedad *inviable, infuturable*, desde los supuestos de su estructura, a pesar de todos los retoques a que esta estructura está siendo sometida con la colaboración, que trata de humanizarla, de los partidos socialistas. y no sólo es el paro y la consiguiente miseria social lo que clama al cielo, sino también todo tipo de insatisfacciones espirituales para las que esta sociedad no tiene respuesta y que no pueden encontrar en ella unas salidas institucionales. Evidentemente estas instituciones no dan más de sí yeso, y no otra cosa (genes de violencia o causas antropológicas como se ha llegado a decir, aparte de la conocida monserga que un hombre de buena fe como Pertini ha reproducido hace unos días en Italia para explicarse -?- las Brigadas Rojas: la subversión organizada por ya! servicio de los Poderes extranjeros), es lo que carga las armas de la violencia. Sólo partiendo de aquí -y no de hipótesis malamente sociológicas o estólidamente antropológicas o delirantes (a lo Pertini)- y de la puesta en marcha de programas revolucionarios, lo que sólo una

izquierda regenerada podría acometer, será posible empezar a ver algo de esa luz que algunos pretenden encender a base de amasar mentiras y otras oscuridades.

-----  
1 Como se recordará, el terrorista Julián Grimau, a quien conocí durante nuestra lucha antifascista, se dedicaba a predicar la doctrina terrorista de la «reconciliación nacional». Por entonces el Ministerio de Fraga Iribarne publicó un asqueroso folleto titulado Crimen y castigo. Unos cuatro meses después fueron ejecutados por el procedimiento humanista del garrote vil dos anarquistas, Granados y Delgado, cuya participación en el acto que se les imputó -la explosión de una bomba en la DGS- era más que dudosa.

2 En cuanto a ETA m, parece que las condiciones propuestas por esta organización para un alto el fuego están claras: celebración de negociaciones públicas sobre la base de los puntos mínimos del Komité Abertzale Sozialista (KAS), que constituyen una alternativa táctica. Por su parte, ETA pm parece que conformaría su alto el fuego a la práctica real y satisfactoria del Estatuto llamado de Gernika, en cuyas virtualidades parece creer esta organización. Por lo que se refiere a los Comandos Autónomos, ignoro si hay una posibilidad de negociación. A fenómenos como éste me refiero cuando expreso mi inquietud de que ya esté siendo demasiado tarde. ¡Ay, Dios! Las cosas siempre llegan tarde, mal y nunca, y las consecuencias de esto son siempre funestas.

-----  
\*Los tres primeros artículos fueron publicados en *EL País*, los días 16, 17 y 18 de diciembre de 1980. Los artículos cuarto y quinto fueron publicados en *EGIN*, los días 2 y 3 de septiembre de 1981.